

José Emilio Pacheco



*Carta a George B. Moore*

*en defensa del anonimato*

---

No sé por qué escribimos, querido George.  
Y, a veces, me pregunto por qué más tarde  
publicamos lo escrito. Es decir, lanzamos  
una botella al mar, hartos y repletos  
de basura y botellas con mensajes.  
Nunca sabremos  
a quién ni adónde la llevarán las mareas.  
Lo más probable  
es que sucumba en la tempestad y el abismo.

Sin embargo, no es tan inútil esta mueca de náufrago.  
Porque un domingo  
usted me llama de *Estes Park, Colorado*,  
me dice que ha leído cuanto está en la botella  
(a través de los mares: nuestras dos lenguas)  
y quiere hacerme una entrevista.  
Después, recibo un telegrama inmenso  
(lo que se habrá gastado usted al enviarlo).  
En vez de responderle o dejarlo en silencio,  
se me ocurrieron estos versos. No es un poema,  
no aspira al privilegio de la poesía  
(no es voluntaria).  
Y voy a usar, como (así) lo hacían los antiguos,

el verso de (como) instrumento de todo aquello  
(relato, carta, drama, historia, manual agrícola)  
que hoy decimos en prosa.

Para empezar a *no* responderle,  
no tengo nada que añadir a lo que está en mis poemas,  
dejo a otros el comentario, no me preocupa  
(si alguno tengo) mi lugar en la historia.  
(Tarde o temprano, a todos nos espera el naufragio.)

*Escribo y eso es todo.* Escribo: doy la mitad del poema.  
Poesía no es signos negros en la página blanca.  
Llamo poesía a ese lugar del encuentro  
con la experiencia ajena. El lector, la lectora  
harán o no el poema que tan sólo he esbozado.

No leemos a otros: *nos leemos* en ellos.  
Me parece un milagro  
que algún desconocido pueda verse en mi espejo.  
Si hay un mérito en esto –dijo Pessoa—  
corresponde a los versos, no al autor de los versos.  
Si de casualidad es un gran poeta,  
dejará cuatro o cinco poemas válidos,  
rodeados de fracasos y borradores.  
Sus opiniones personales  
son de verdad muy poco interesantes.

Extraño mundo el nuestro: cada día  
le interesan cada vez más los poetas;  
la poesía, cada vez menos.  
El poeta dejó de ser la voz de la tribu,  
aquel que habla por quienes no hablan.  
Se ha vuelto nada más otro *entertainer*.  
Sus borracheras, sus fornicaciones, su historia clínica,  
sus alianzas o pleitos con los demás payasos del circo,  
tienen asegurado el amplio público  
a quien ya no hace falta leer poemas.

Sigo pensando  
que es otra cosa la poesía:  
una forma de amor que sólo existe en silencio,  
en un pacto secreto entre dos personas,  
de dos desconocidos casi siempre.  
Acaso ley, usted, que Juan Ramón Jiménez  
pensó hace mucho tiempo en editar una revista.  
Iba a llamarse “Anonimato”.  
Publicaría no firmas, sino poemas;  
se haría con poemas, no con poetas.  
Y yo quisiera, como el maestro español,  
que la poesía fuese anónima, ya que es colectiva  
(a eso tienden mis versos y mis versiones).  
Posiblemente, usted me dará la razón.  
Usted que me ha leído y no me conoce.  
No nos veremos nunca, pero somos amigos.  
Si le gustaron mis versos,  
qué más da que sean míos / de otros / de nadie.  
En realidad, los poemas que leyó son de usted:  
Usted, su autor, que los inventa al leerlos.

**Así / Como:** son variantes que aparecen en  
*Tarde o Temprano* (Poemas 1958-2009). José Emilio Pacheco.  
TusQuets Editores —Nuevos Textos Sagrados— Barcelona, 2010.

[rinconpoetico.com](http://rinconpoetico.com)

Poemario  
Extraído de

*Los trabajos del mar* (1953).  
José Emilio Pacheco. *Elogio de la fugacidad*  
Antología poética. (1958 – 2009)  
Biblioteca Premios Cervantes. Universidad de Alcalá. Madrid, 2010.

Música

Brad Mehldau.